

Juan Carlos Argüelles
Área de Microbiología,
Universidad de Murcia

Cine y microbiología

En las lecciones introductorias del programa de Microbiología, se suele explicar como la invisibilidad al ojo humano constituye el carácter esencial de los microorganismos. Por tanto, para su observación, el microbiólogo necesita disponer de instrumentos ópticos de precisión. Fiel a este rasgo definitorio, la presencia subliminal del mundo microbiano resulta palpable –particularmente en su papel como agentes etiológicos de enfermedades infecciosas– en las múltiples facetas de la creatividad humana, desde el arte a la literatura pasando por la música o el cine. Por restricciones de espacio, mencionaremos como botón algunas muestras de esta, inaparente pero fundamental, contribución microbiológica al denominado Séptimo Arte.

El bacilo endoesporulado histotóxico *Clostridium perfringens* debiera haber figurado en los créditos de numerosas películas, incluyendo la inmortal epopeya “*Lo que el viento se llevó*”. En una escena cumbre, Scarlett O’hara, la seductora y coqueta protagonista que trabaja como enfermera voluntaria por la causa confederada, abandona espantada el hospital, incapaz de contemplar la amputación de una pierna necrosada por la gangrena gaseosa debida al anaerobio estricto; mientras se oye de fondo las voces del médico reclamando su presencia y los aullidos del soldado pidiendo que no le corten la pierna.

Desde las plagas bíblicas (*Los diez mandamientos*, *Sinhué el egipcio*), hasta las actuales epidemias víricas (*Estallido*, *Virus*), el cine ha prestado gran atención a las consecuencias catastróficas generadas por la expansión de las infecciones, soslayando su etiología microbiana. *Mycobacterium leprae*, el bacilo de Hansen, no fue nominado al oscar secundario por *Ben Hur*, otro título inolvidable. Recordemos como la madre y la hermana del recientemente desaparecido Charlton Heston, contraen la lepra al cabo de varios años encarceladas en las mazmorras romanas como cruel represalia del pérfido Messala. Cumpliendo el código de Moisés de aislar a los infectados de la población sana, las dos mujeres son confinadas a un valle cerrado destinado a los leprosos. La naturaleza transmisible de la lepra y el pavor al contagio se reflejan en la escena donde Ben Hur, buscando su curación milagrosa, las lleva a presencia de Jesús camino de la cruz. Dan limosna a un ciego que les orienta, pero éste al escuchar el grito de “¡leprosas!” tira la moneda del cuenco. La estigmatización social de las enfermedades microbianas y su impacto en la vida personal y laboral de los pacientes, ha recibido un amplio tratamiento cinematográfico, acentuado desde la irrupción de la pandemia de SIDA. La totémica “*Philadelphia*” es un ejemplo representativo.

La enterobacteria *Yersinia pestis* ocupa una posición

estelar entre las estrellas microbiológicas al servicio del cine. El agente causal de la peste bubónica transmitida al hombre desde las ratas por medio de las pulgas como insecto vector, ha protagonizado multitud de películas. En la espléndida “*El séptimo sello*” un caballero feudal (Max von Sydow) regresa de Las Cruzadas; atormentado por la búsqueda de Dios y las dudas existenciales. Queriendo dar sentido a su vida, el caballero se disputa con la Muerte, en una partida de ajedrez, las vidas de una población devastada por la peste negra, denominación de la terrible pandemia que asoló Europa a mediados del siglo XIV, diezmando un tercio de su población y provocando graves disturbios sociales. Por cierto, en el film aparecen “los flagelantes”, movimiento medieval que preconizaba el castigo corporal y la recreación de la pasión como medio de purificación para evitar el contagio de la peste por *Y. pestis*. El Papa Clemente VI los declaró herejes.

El brote de cólera causado por *Vibrio cholerae*, el vibrión Gram negativo, anaerobio facultativo, sirve de trasfondo argumental en “*Muerte en Venecia*”. Esta delicada alegoría visual sobre la belleza, retrata con singular maestría el fracaso y la delicada sensibilidad del personaje central –basado en Gustav Mahler y bordado en la interpretación por Dirk Bogarde–, que se siente renacer al enamorarse platónicamente de un hermoso adolescente de facciones turbadoras, con quién no intercambiará jamás una sola palabra. Sin oponer resistencia al avance del cólera, el protagonista contempla su decadencia física irreversible en paralelo con el deterioro de la propia ciudad de los canales. La música de Mahler y la cuidada fotografía –e indirectamente también los organismos microscópicos– constituyen el complemento perfecto para esta obra de culto.